

**LA OTRA CRISIS:
CIUDADANÍA Y DEMOCRACIA**

© **Texto:** Ana Noguera

© **Edición:** OBRAPROPIA, S.L.

G. V. Marqués del Turia, 38 - 8
46005 VALENCIA

ISBN: 978-84-15453-55-0

Depósito legal: V-1057-2012

Impreso en España por: Diazotec, S.A.

Primera edición: marzo 2012

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

www.obrapropia.com

INDICE

EL DILEMA ÉTICO:

¿Estamos preparados para desarrollar nuestra ciudadanía? Pág 4

EL DILEMA POLÍTICO:

¿Es posible una Democracia Cosmopolita? Pág 43

EL DILEMA ECONÓMICO:

¿Hay felicidad en una crisis económica? Pág 102

EPÍLOGO:

Y ahora, ¿hacia dónde debemos caminar? Pág 142

Bibliografía: Pág 154

EL DILEMA ÉTICO:

¿Estamos preparados para desarrollar nuestra ciudadanía?

Si asumimos una visión catastrofista del ser humano, estamos acabados.

La vida se hace inútil.

Yo también me siento interiormente incapaz de ser optimista,

pero hay que serlo, cueste lo que cueste.

Hay que mantener la confianza en el futuro.

Rita Levi-Montalcini

Premio Nobel de Medicina 1986

Todo siglo tiene su revolución. Los inicios del siglo XX fueron desconcertantes y difíciles para Europa. Las dos guerras mundiales asolaron el territorio, dividieron a sus conciudadanos, expandieron el horror y la muerte bajo el infierno de un holocausto que debería haber sido tan inimaginable bajo los parámetros humanos como irrealizable, constituyendo la etapa negra más desoladora de nuestra historia común; los conflictos posteriores producidas en el corazón de Europa, en los Balcanes, configuraron nuevos mapas y naciones, las apariciones de nacionalismos o la desaparición de los bloques, suprimiendo la cicatriz generada durante la guerra fría.

De las cenizas, Europa pudo resurgir con fuerza, paso a paso, con avances solidarios y cohesionados, con el ojo y la memoria atentos para no repetir errores e inhumanidades, con la esperanza de caminar hacia adelante. El hijo que nació de esa Europa fue el Estado de Bienestar: el logro de la Democracia y los Derechos Humanos, de la universalización de la protección social y de la autonomía de la persona como individuo, y su participación libre como ciudadano en la sociedad. De las necesidades y la capacidad de participación de los ciudadanos se fueron consolidando los Derechos; las necesidades de los individuos son, como dice Max Neef, pocas, finitas, identificables y universales, es decir, no dependen de la época ni de la cultura, lo que cambia son los instrumentos para satisfacer esas necesidades, lo que llamamos satisfactores. Los expertos han determinado que esas necesidades son nueve: subsistencia,

protección, afecto, comprensión, participación, creación, recreo, identidad y libertad; y la participación es de las más relevantes porque su satisfacción lleva implícito la satisfacción de otras, es decir, resulta transversal, por eso la participación resulta una pieza clave para nuestra felicidad. Tenemos necesidad de participar con nuestro entorno y cuando lo hacemos nos sentimos felices, lo contrario es estar aislado. Cuando se determinan esas necesidades, detrás de cada una aparece un derecho.

Pero lo que nos parecía intocable, hoy está en peligro. Las conquistas, los derechos, los avances, la prosperidad social está jugándose en el casino de la Economía especulativa, del Mercado sin rostro, del Dinero sin dueño aparente.

El siglo XXI ha comenzado con nuevas turbulencias para Europa. Una crisis galopante que nadie predijo pese a tener eminencias en la materia y una ceguera en las relaciones internacionales que ha empequeñecido más a una Política sin los grandes líderes del final del siglo XX. A modo de una nueva guerra mundial, con otro formato, aflora la insolidaridad, el partidismo, el recelo y otras cuestiones que, en otro momento, condujeron a enfrentamientos violentos y hoy se debaten en los parlamentos.

Las calles comienzan a llenarse de ciudadanos indignados que protestan, que reclaman otra democracia, que se resisten a perder un Estado de Bienestar que, a fuerza de cotidianidad, no se habían percatado de su existencia y su importancia;

ciudadanos a los que les han arrebatado su felicidad y prosperidad, el sueño de ser eternamente ricos, y todo ello sin ninguna razón ni explicación.

Europa está desorientada y desconcertada, dando palos de ciego sin decidirse por el camino de la desagregación de sus naciones o la formación de una Ciudadanía conjunta. Europa se ha perdido relamiéndose las heridas en la felicidad consumista; aplicando recetas amargas e impuestas en contra de sus propias señas de identidad.

Para salir de la crisis del siglo XX, Europa caminó con decisiones valientes y sólidas, políticamente revolucionarias (bajo el nombre de reformas), que supusieron el logro de una cultura propia y admirada: la democracia representativa y los derechos sociales. Partía de un territorio destrozado, unas heridas sangrantes, unas ciudades bombardeadas, unas fronteras frágiles, unas economías exprimidas y una sociedad enfrentadas. El peor escenario posible. Y salió de él.

Pero hoy, Europa no da dos pasos sin tropezar. Mira hacia atrás con el riesgo de una tortícolis histórica; sabe que no puede desandar lo andado pero no aplica lecciones a los errores cometidos. Lo más grave es que su miopía, nuestra miopía, no comenzó con la crisis sino en los años de bonanza: ahora simplemente hemos agrandado nuestras debilidades.

Las nuevas revoluciones del siglo XXI se están produciendo fuera de nuestras fronteras europeas. Nosotros aún estamos sumidos en una crisis económica de la que no sabemos cómo salir, que tendrá consecuencias en los derechos sociales, y que pone en jaque el poder democrático de la Política. Dos nuevos bloques ciudadanos constituyen la atención y el foco mundial: el pueblo árabe y China.

Los ciudadanos árabes están desarrollando su revolución en busca de libertad y justicia, poniendo en jaque el orden internacional. Han iniciado sus revueltas en solitario, sin necesidad de la ayuda y los consejos de los países desarrollados, es más, están organizándose y manifestándose frente al estupor y la incredulidad europea. El mundo árabe ha iniciado un camino que no tiene vuelta atrás, arrollando dictadores, exigiendo democracia, y, en algún caso, como Libia con procesos similares a una guerra civil, o el desastre humanitario que viven en Siria.

Por su parte China es la revolución callada y discreta hasta convertirse en el mercado productor y consumidor, a un mismo tiempo, más potente del mundo. No sólo por su número de habitantes sino también por la capacidad económica de la que ahora mismo disponen. Se han convertido en el primer cliente de nuestras tiendas de lujo y en un modelo empresarial a imitar, según muchas de las declaraciones públicas, pues en esta época convulsa parece que olvidamos carencias graves como la ausencia de democracia, la falta de libertad de expresión o el trabajo sin derechos laborales.

El siglo XXI ha empezado fuerte. Con sorpresas, crisis, cambios, convulsiones. La Historia no termina nunca de escribirse. Pero el foco de atención del progreso, el crecimiento y el optimismo ya no están en Europa: el mapa neoeconómico nos ha desplazado del centro de atención.

¿Hacia dónde vamos?

En el año 1997, Alfonso Guerra publicó el ensayo “La Democracia Herida”. Un libro de reflexiones ante el final del siglo XX, un siglo que terminaba alcanzando “*lo más altos exponentes de civilización y las más grandes muestras de barbarie*”; una manifestación de rebelión contra el nuevo dogmatismo: el pensamiento único. Una “Democracia herida” es el análisis de la pérdida de los valores del humanismo y una sociedad dominada por el discurso del beneficio. Dice Alfonso Guerra: “*la segunda mitad del siglo XX ha traído una pérdida general de la confianza. Actualmente se vive una crisis de valores. ... Hay un cierto miedo a la libertad*”¹

Trece años después, a finales del 2010, Josep Ramoneda publicaba su libro “Contra la indiferencia”, donde advierte del mal de las democracias actuales: el totalitarismo de la indiferencia. “*El resultado final es que desaparece la noción de bien común y la propia política es un bien de consumo más. ... Se buscan proyectos individuales, no colectivos. ... Cada cual piensa estrictamente en sí*

¹ Guerra, Alfonso. “La democracia herida”. Espasa. 1997.

mismo y en su entorno inmediato. ... En el trasfondo de la cultura de la indiferencia está por encima de todo, la mercantilización absoluta de la sociedad”²

Esa cultura de la indiferencia resulta mortífera para la Democracia y para el papel social de la Ciudadanía. Resulta preocupante ver la desolación como sentimiento generalizado, la indignación que transmiten los medios de comunicación y el descrédito como consecuencia de las organizaciones políticos. Daños más profundos que los que produce la propia corrupción en el sistema, pues resulta imposible combatirla cuando el sentimiento de impunidad y de inutilidad se impregna de la actividad social y política. Si tratamos de definir la infelicidad, nos encontraremos muy cerca de la indiferencia, la imposibilidad de sentir nada como propio.

¿Qué les está pasando a nuestras democracias? ¿Qué ocurre en los países desarrollados con la desafección y desencuentro entre la política y la ciudadanía, entre los representantes y los representados?

¿La Abstención significa indiferencia, disgusto, rechazo, desinterés por los asuntos públicos? Quizás es un cocktail de todo un poco.

² Ramoneda, Josep. “Contra la indiferencia”. Círculo de Lectores. 2010

¿Qué ha pasado durante estos años? Seguimos anclados en las mismas reflexiones y preocupaciones de los años noventa del siglo pasado, inmersos en una espiral que nos imposibilita caminar en línea recta. Conocemos los problemas, sabemos dónde están las debilidades de nuestro proyecto político y colectivo, hemos desenmascarado las amenazas a nuestras democracias, cada día más débiles y cansadas, y muchos coincidimos en el diagnóstico, pero somos incapaces de avanzar porque no hemos creado la argamasa que una la “indignación”, que reclama Josep Ramoneda, para convertirla en un proyecto político.

Lamentablemente, en lo que hemos avanzado estos años, es en la desarticulación de la sociedad civil, en el desprestigio de la política y en el poder cada vez más incuestionable del mercado, como único dios castigador con las plagas de la miseria y el desempleo. Pero todos coincidimos, como dice Tony Judt en su libro, que “Algo va mal” y que vivimos una época de “política de pigmeos”.³

No es un sentimiento de hoy, no es nuevo, no es de ahora; se remonta a tiempo atrás, ¿a los años noventa?, pero su profundidad es cada vez mayor. A mayor individualismo, más decepción.

Sabemos que el siglo XX fue la época de las mayores transformaciones sociales; el siglo de la Política y la creación del Estado de Bienestar (como sinónimo de

³ Judt, Tony. “Algo va mal”. Taurus. 2010.

felicidad, no de riqueza; y la felicidad se da cuando nos acercamos a satisfacer las necesidades básicas citadas): el siglo de Europa. Pero aún así, acabó con el mal sabor de boca al temer que todo estaba en peligro. Hoy, pasada una década del siglo XXI, el futuro es más incierto que nunca y la decepción más profunda cuando nos percatamos de la posibilidad de que los derechos conquistados y la arquitectura social construida puedan derrumbarse.

En las elecciones europeas, observamos que la Abstención se convierte en el partido vencedor de cualquier país, porque (siempre se dice) las cosas europeas no nos gustan o no nos afectan electoralmente. Pero también, en las elecciones nacionales, el grado de desafección hacia la política es notable, suele aumentar si la economía va bien, pues parece que al ciudadano/a no encuentra motivo para participar, y suele producirse un rechazo frontal si las cosas económicamente van mal porque la política se convierte en inútil; la pregunta que cada vez planea más entre la ciudadanía es “¿a quién voy a votar?”, produciéndose una mezcla compleja de factores pero, sobre todo, la falta de credibilidad con lo que los políticos dicen y hacen.

Y se producen situaciones que dejan perplejos a los principios democráticos (y desconcertados a los teóricos de la Democracia), cuando las elecciones las ganan personajes peculiares, a veces sin escrúpulos, con descaro y desvergüenza, y conociendo todo el mundo su amplia capacidad de manipular, maniobrar y deformar la realidad. Personajes que comienzan una “cruzada” contra el sistema

democrático que los ha situado en el poder, mezclando intereses privados y públicos, controlando los medios de comunicación e información, utilizando empresas amigas o afines para usos de campaña personal y negocios escandalosos, con poder para comprar opiniones y favores, que rozan continuamente la legalidad y sobrepasan la moral, y que, paradójicamente, nadie los defiende pero ganan mayorías absolutas.

¿Qué sentimientos, valores, o intereses espera conseguir el ciudadano/a que ejerce este voto?

Hemos construido sociedades cuya cultura de valores es parte del problema de la corrupción que nos rodea. Nuestro éxito individual se mide continuamente por la riqueza económica: es lineal. No es la inteligencia, ni el esfuerzo, ni el buen trabajo, ni la bondad y la honestidad, ni la sencillez y la honradez, los valores que se premian y se recompensan. Es el lujo, el dinero, la avaricia, la codicia, el engaño, la riqueza fácil e ilimitada la que se premia socialmente, incluso la fama más sorprendente de personajes sin ningún mérito reconocido. La corrupción se castiga cuando se conoce de forma descarada y descarnada: cuando a uno lo han pillado con las manos en la masa reiteradamente. Si no es así, parece que los indicios que indican que allí hay fuego no son suficientes y no sirven; socialmente hacemos la vista gorda, miramos a otro lado e incluso pensamos con algo de malicia y de envidia que uno haría lo mismo; la presunción de